

---

## ACTO III.

---

Sala en casa del Presidente

### ESCENA I.

EL PRESIDENTE y el secretario WURM

EL PRESIDENTE.—El lance ha sido endiablado.

WURM.—Me lo temía, poderoso señor. La violencia irrita á los fanáticos, pero nunca los convence.

EL PRESIDENTE.—Yo confiaba plenamente en el éxito feliz de mi proyecto. Discurría de este modo: cuando la doncella haya sido deshonrada, él, como oficial, habrá de retroceder sin remedio.

WURM.—Muy bien, sin duda; pero era menester que antes la deshonrara.

EL PRESIDENTE.—Y, sin embargo... ahora, al reflexionar á sangre fría en lo sucedido... yo no debiera haberme dejado intimidar... Era una amenaza, en cuyo cumplimiento no ha pensado formalmente.

WURM.—No lo creáis. Las pasiones, sobreexcitadas, no se detienen ante ninguna locura. Me decíais que el Mayor ha sido refractario siempre á vuestras órdenes. ¡Lo creo! Las ideas que él ha adquirido en sus academias, no me infunden tranquilidad alguna. ¿Qué importancia han de tener las

ilusiones sobre grandeza del alma y nobleza personal en una Corte, en donde el más sabio es el que con más habilidad y más oportunamente se convierte en grande ó en pequeño? Es demasiado joven y fogoso, para que le plazca esa senda pesada y tortuosa de la intriga; sólo lo magnánimo y lo arriesgado pondrá á su ambición en movimiento.

EL PRESIDENTE. (De mal humor.)—Pero esas sensatas observaciones ¿pueden mejorar acaso el estado actual de nuestro asunto?

WURM.—Mostrarán la herida á V. E. y quizás también el remedio. Dispensadme si os digo que un carácter como el suyo... ni es á propósito para confidente, ni tampoco para enemigo. Tiene horror á los medios, á que debéis vuestro enebramiento. El ser hijo vuestro ha refrenado hasta ahora su traidora lengua. Ofrecedle ocasión oportuna de desatar ese vínculo; atacad su pasión con golpes violentos y repetidos, impropios de un padre cariñoso, y sus deberes patrióticos se sobrepondrán á todos los demás. Hasta el capricho singular de proporcionar á la justicia una víctima tan notable, podría acaso incitarlo á perder á su mismo padre.

EL PRESIDENTE.—Wurm... Wurm... Me lleváis á un abismo horrible.

WURM.—Alejaros de él es lo que intento, señor. ¿Puedo hablar libremente?

EL PRESIDENTE. (Sentándose.)—Como un condenado á muerte á un compañero.

WURM.—Entonces, perdonadme... A lo que me parece, debéis á vuestra flexibilidad de cortesano el cargo elevado de Presidente; ¿por qué no le fiáis también el de padre? Recuerdo la franqueza con que persuadisteis á vuestro predecesor á jugar una partida de piquete, y le hicisteis beber fraternalmente, por espacio de media noche, vino de Borgoña; la misma noche, en que había de estallar la soberbia

mina que estaba preparada, y lanzarlo en los aires... ¿Por qué habéis revelado á vuestro hijo que yo soy su enemigo? Nunca hubiera debido saber que yo conocía sus amores. Mejor fuera socavar la novela, en cuanto se relacionaba con esa doncella, y conservaros el respeto de vuestro hijo. Tal era el medio de representar el papel de general astuto, que no ataca á su adversario en el corazón de su ejército, sino sembrando en sus filas la discordia.

EL PRESIDENTE.—Y ¿cómo conseguirlo?

WURM.—Del modo más sencillo... y la partida no es todavía desesperada. No os acordéis de vuestra paternidad por largo tiempo. No os pongáis en lucha con una pasión, que crece con los obstáculos... Dejad á mi cargo que yo dé calor en su seno al gusano que ha de devorarla.

EL PRESIDENTE.—Tengo curiosidad de saber...

WURM.—O yo comprendo mal el termómetro del alma, ó el señor Mayor es tan terrible en su amor como en sus celos. Que en este terreno llegue á sospechar algo de ella... con razón ó sin razón. Basta un grano sólo de levadura para poner en espantosa fermentación á toda la masa.

EL PRESIDENTE.—¿En dónde hallar ese grano?

WURM.—He aquí el punto capital del problema... pero declaradme ante todo, Excmo. Sr., el riesgo á que os exponéis si el Mayor rehusa obedeceros... cuánto os interesa llegar al desenlace de esa novela de doncella de la clase media, y llevar á término el casamiento con lady Milford.

EL PRESIDENTE.—¿Es posible abrigar dudas sobre esto? Pierdo toda mi influencia, si las bodas de la Inglesa se deshacen, y mi cabeza, si fuerzo la voluntad del Mayor.

WURM. (Alegre.)—Ahora que vuestra Gracia se digne oírme... Enredaremos al señor Mayor por medio de la astucia. Contra ella emplearemos todo vuestro poder. Le dictamos un billete amoroso á un tercero, y lo hacemos llegar con maña á manos del amante.

EL PRESIDENTE.—¿Qué disparate!... ¿Cómo ha de presertarse ella á firmar su sentencia de muerte?

WURM.—Lo hará, si me dejáis obrar con libertad. Conozco, hasta en sus profundidades, la bondad de su corazón. Sólo hay dos flacos vulnerables para doblegar su conciencia... su padre y el Mayor. Este último queda fuera del juego por completo, y así estamos más desembarazados para emprenderla con el músico...

EL PRESIDENTE.—Por ejemplo, para...

WURM.—Según lo que me ha referido V. E. de la escena de la casa, nada más fácil que envolver al padre en una causa criminal. La persona del favorito y del Canciller es, en cierto modo, la sombra de la Majestad... las ofensas al primero, crímenes respecto de la última... Por lo menos, con este espantajo, bien manejado, me lisonjeo de hacer pasar al pobre hombre por el ojo de una aguja.

EL PRESIDENTE.—Sin embargo... no llegará á ser un asunto serio.

WURM.—De ninguna manera... Sólo en cuanto conviene, para llenar de sobresalto á la familia... Ponemos al músico á buen recaudo... se podría hacer lo mismo con la madre, para aumentar la inquietud general... se hablará de castigo, de calabozo, de prisión perpétua, y la carta de la hija será la única condición de la libertad del preso.

EL PRESIDENTE.—¡Buena, bueno! Ya entiendo.

WURM.—Ella ama á su padre... hasta con pasión podría añadir. El peligro que ha de correr su vida... cuando menos su libertad... los remordimientos de conciencia, que ha de sentir con este motivo... la imposibilidad de unirse al Mayor... por último, el desorden de sus facultades mentales, que yo fomentaré... todo lo cual es inevitable... ha de hacerla caer en el lazo.

EL PRESIDENTE.—Pero, ¿y mi hijo? ¿No llegará al punto á su conocimiento? ¿No se enfurecerá sobremanera?

WURM.—Dejad esto á mi cuidado, Excmo. Sr. Ni el padre ni la madre se verán libres, hasta que toda la familia se haya obligado con juramento solemne á guardar secreto sobre lo pasado, y á confirmar nuestra trama.

EL PRESIDENTE.—¿Para qué, imbécil, podrá servir un juramento?

WURM.—Nada para nosotros, Excmo. Sr.; todo para esas gentes.. Y reflexionad ahora cómo por el medio indicado lograremos ambos nuestro objeto. Ella pierde el cariño de su amante y su buena reputación. El padre y la madre se humillarán poco á poco, aleccionados por los embates de la adversidad, y al fin comprenderán que es un acto de compasión por mi parte rehabilitar la buena fama de su hija, dándole mi mano.

EL PRESIDENTE. (Riéndose y moviendo la cabeza.)—Sí, bribón, me confieso vencido. La urdimbre está tejida con satánica destreza. El discípulo aventaja ya al maestro... Falta saber todavía á quién ha de dirigirse la carta. ¿Quién podrá excitar sospechas contra ella?

WURM.—Alguno necesariamente que, á causa de la resolución de vuestro hijo, se exponga á perderlo ó ganarlo todo.

EL PRESIDENTE. (Después de meditar un instante.)—No se me ocurre otro que el Mariscal.

WURM. (Encogiéndose de hombros.)—No sería él seguramente, si yo fuese Luisa Miltner.

EL PRESIDENTE.—¿Y por qué no? ¿Qué hay de extraño en esto? Un guardarropa deslambreado... una atmósfera *d'eau de mille fleurs* y de ámbar... á cada palabra necia un puñado de ducados... todo esto junto, ¿no podría seducir al cabo á una joven de la clase media, y acabar con sus es-erúpulos? ¡Oh, mi buen amigo! ¡Los celos no son delicados! Voy á llamar al Mariscal. (Llama.)

WURM.—Mientras se encarga V. E. de este asunto y de

la prisión del músico, cuidaré yo de escribir la carta amorosa.

EL PRESIDENTE. (Acercándose á su mesa.)—En cuanto la termines, tráemela para leerla. (Vase Wurm, el Presidente escribe: viene un ayuda de cámara, á quien el Presidente, levantándose, entrega un papel.) Que se lleve á la justicia sin tardanza este mandamiento de prisión... y que vaya otro á rogar al Mariscal que me vea.

EL AYUDA DE CÁMARA.—Su señoría acaba de llegar aquí ahora mismo.

EL PRESIDENTE.—Mejor; pero decid que mis órdenes se cumplan con recato y sin escándalo alguno.

EL AYUDA DE CÁMARA.—Muy bien, Sr. Excelentísimo.

EL PRESIDENTE.—¿Entendéis? Con el mayor sigilo.

EL AYUDA DE CÁMARA.—Perfectamente. Excelentísimo Señor.

## ESCENA II.

### EL PRESIDENTE y EL MARISCAL DE LA CORTE.

EL MARISCAL. (Con aire de persona muy ocupada.)—Solo vengo *en passant*, querido! ¿Qué tal? ¿Cómo estáis?... Esta noche la gran ópera de *Dido*... fuegos artificiales soberbios... el incendio de una ciudad entera... ¿La veréis también arder? ¿No es así?

EL PRESIDENTE.—Sobrados fuegos artificiales hay en mi propia casa para hacer saltar en los aires toda mi grandeza... Venís, querido Mariscal, en la ocasión más oportuna para aconsejarme y ayudarme en un asunto, que ha de arrastrarnos á ambos, ó arruinarnos por completo ¡Sentaos!

EL MARISCAL.—Me llenáis de miedo, excelente amigo.

EL PRESIDENTE.—Sí, como os digo, que nos arrastra ó nos arruina por completo. Ya conocéis mi proyecto relativo á la Lady y al Mayor. Comprendéis su necesidad para asegurar nuestra fortuna. Es posible que todo se lo lleve el diablo, Kalb. Mi hijo Fernando lo rechaza.

EL MARISCAL.—¿Cómo así?... ¿cómo así?... ¿cuando ya lo he divulgado por toda la ciudad? No se habla más que de ese casamiento.

EL PRESIDENTE.—Os exponéis á pasar por hombre inconsiderado. Ama á otra.

EL MARISCAL.—Os chanceáis. ¿Y ésa es la dificultad?

EL PRESIDENTE.—La más insuperable, tratándose de ese obstinado.

EL MARISCAL.—¿Será tan loco para renunciar de ese modo á su fortuna? ¿Es creíble?

EL PRESIDENTE.—Preguntádselo, y veréis cómo os contesta.

EL MARISCAL.—Pero, ¡*mon Dieu!* ¿Qué podrá contestar?

EL PRESIDENTE.—Que se propone revelar á todo el mundo el crimen, á que debemos nuestra elevación... exhibir nuestras cartas y recibos falsificados... que desea entregarnos á ambos á la justicia... todo esto puede responder.

EL MARISCAL.—¿Estáis en vuestro juicio?

EL PRESIDENTE.—Tal fué su respuesta. Tal era también su propósito... Y sólo humillándome mucho he impedido su realización. ¿Qué se os ocurre ahora?

EL MARISCAL. (Con aire estúpido.)—Mi razón se calla.

EL PRESIDENTE.—Pase, no obstante, lo dicho; pero ha poco he sabido por mis espías que Boek, el copero mayor, está á punto de conquistar á la inglesa.

EL MARISCAL.—Me trastornáis el juicio. ¿Quién decís? ¿Boek decís?... ¿Sabéis también, acaso, que somos ambos enemigos mortales? ¿Conocéis la causa?

EL PRESIDENTE.—Es la primera vez que oigo hablar de esto.

EL MARISCAL.—Pues escuchad, querido mío, y os asombraréis... Si os acordáis de aquel baile de Corte... hará ahora cosa de veintin años... en que se bailó en nuestra ciudad la danza inglesa, antes desconocida, y se manchó de cera de un candelabro el dominó del Conde de Murschaum...; sí, por Dios, sin duda os acordaréis de todo esto!

EL PRESIDENTE.—¿Quién podría olvidarlo?

EL MARISCAL.—Pues bien; la Princesa Amalia, en el fervor del baile, había perdido una liga... Todos, como es de suponer, se alarmaron.... Bock y yo... ambos éramos gentileshombres de cámara... nos arrastramos por todo el salón buscando la liga... Al fin la vi... Bock lo notó... me previno, y me la arrebató de las manos. ¡Dios mío!... y la entregó á la Princesa, y me birló el favor que hubiese logrado... ¿Qué opináis?

EL PRESIDENTE.—¡Importuno!

EL MARISCAL.—Me birló los cumplimientos de S. A... Estuve á punto de desmayarme. ¡Malignidad semejante no se ha visto jamás!... Al fin, me reanimo, me acerco á S. A.) y le digo: «Serenísima Señora, Bock fué bastante afortunado, bastante dichoso para presentar la liga á V. A., y quien la vió primero ha obtenido su recompensa en silencio, y se calla...»

EL PRESIDENTE.—¡Bravo, Mariscal, bravísimo!

EL MARISCAL.—«Y se calla... Pero yo conservaré por esto á Bock rencor eterno hasta el día del juicio... á ese bajo, rastrero, adulador!...» Y como si esto no fuera suficiente... en nuestra lucha por la liga venimos al suelo... me desempolva Bock todo el lado derecho, y soy ya hombre perdido para todo el resto del baile.

EL PRESIDENTE.—Y he ahí al hombre, que se casará

con la Milford, y será el personaje principal de la Corte.

EL MARISCAL.—Hundís el puñal en mi corazón. ¿Lo será? ¿Lo será? ¿Por qué lo será? ¿En dónde está la necesidad de que lo sea?

EL PRESIDENTE.—Porque mi hijo Fernando no quiere, y no se presenta otro.

EL MARISCAL.—Pero ¿no se os ocurre ningún otro medio de oponeros á la resolución del Mayor?... ¿No lo hay, por extraño, por desesperado que sea? ¿Qué cosa del mundo, por repugnante que parezca, si fuera eficaz, no sería aceptada por nosotros, si hubiéramos de librarnos de ese odioso Bock?

EL PRESIDENTE.—Una sola se me ocurre, y depende de vos.

EL MARISCAL.—¿De mí? ¿Y es...?

EL PRESIDENTE.—La de alejar al Mayor de su amada.

EL MARISCAL.—¿Separarlos? ¿Cómo entendéis esto?... Y yo ¿qué puedo hacer?

EL PRESIDENTE.— Toda la ganancia es nuestra, si logramos hacer sospechosa la doncella á los ojos del Mayor.

EL MARISCAL.—¿Por robar, decís?

EL PRESIDENTE.—¡Ah! ¡No es eso! ¿Cómo había él de creerlo?... que tiene relaciones con otro.

EL MARISCAL.—¿Y ese otro?

EL PRESIDENTE.—Lo seríais vos, Barón.

EL MARISCAL.—¿Yo? ¿Yo?... ¿Es ella noble?

EL PRESIDENTE.—¿Qué importa eso? ¿Qué idea!... Es hija de un músico.

EL MARISCAL.—Esto es, de la clase media. ¡Imposible! ¿Cómo pensar?...

EL PRESIDENTE.—¿Por qué imposible? ¡Locuras! ¿Qué mortal, cuando se trata de dos lindas mejillas, se acuerda de árboles genealógicos?

EL MARISCAL.—Pero tened en cuenta que soy casado. Además, mi reputación en la Corte...

EL PRESIDENTE.—Ya, eso es otra cosa. Perdonadme. Ignoraba que dais más importancia á pasar por hombre de costumbres irreprochables que á tener influencia. No hablemos más del asunto.

EL MARISCAL.—¡Prudencia, Barón! Yo no lo entendía así.

EL PRESIDENTE. (Con frialdad.)—¡No... no! Vuestro derecho es perfecto. Estoy ya cansado. Que corra, pues, la rueda. Deseo todo linaje de dichas á Bock, primer ministro. El mundo es muy vasto. Solicitaré del Duque que acepte mi dimisión.

EL MARISCAL.—¿Y yo?... Sabéis hablar bien, porque sois estudioso; pero yo... ¡*Mon Dieu!*... ¿Qué seré yo, si S. A. me abandona?

EL PRESIDENTE.—*Un bon mot* de anteayer, la moda del año pasado.

EL MARISCAL.—¡Yo os conjuro, mi querido, mi espléndido amigo!... Desechad ese pensamiento. Estoy dispuesto á todo.

EL PRESIDENTE.—¿Queréis dar vuestro nombre para una cita, que esta Milier os propondrá por escrito?

EL MARISCAL.—¡Por Dios Santo! Lo doy.

EL PRESIDENTE.—¿Y dejar caer la carta, en donde el Mayor pueda encontrarla?

EL MARISCAL.—Como en la parada, por ejemplo, casualmente, al sacar el pañuelo.

EL PRESIDENTE.—Y ¿desempeñaréis ante el Mayor vuestro papel de enamorado?

EL MARISCAL.—¡*Mort de ma vie!* ¡Yo lo lavaré! Yo excitaré el apetito de ese impertinente por mi amada.

EL PRESIDENTE.—El asunto promete. Hoy se escribirá la carta. Venid por ella esta noche, para que estudiemos bien nuestro papel.

EL MARISCAL.—En cuanto termine diez y seis visitas de suma importancia. Dispensadme, pues, si me despido cuanto antes. (Vase.)

EL PRESIDENTE. (Llamando.)—Cuento con vuestra habilidad, Mariscal.

EL MARISCAL. (Volviéndose.)—¡Ah, *mon Dieu!* Ya me conocéis.

### ESCENA III.

EL PRESIDENTE Y WURM.

WURM.—El músico y su esposa, con toda felicidad y sin escándalo, han sido llevados á la cárcel. ¿Quiere leer V. E. la carta?

EL PRESIDENTE. (Después de leerla.)—¡Magnífico, magnífico, Secretario! También ha mordido el cebo el Mariscal... Un veneno como este es capaz de emponzoñar á la misma salud... Ahora, á trabajar con el padre, y á preparar á la hija. (Vanse cada uno por su lado.)

### ESCENA IV.

Aposento en la casa de Miller.

LUISA Y FERNANDO.

LUISA.—Cállate, por Dios. Ya no espero día alguno feliz. Todas mis esperanzas se han desvanecido.

FERNANDO.—Y las mías se han aumentado. Mi padre está furioso; mi padre empleará contra nosotros todas sus armas. Me obligará á representar el papel de hijo desnatura-

lizado. Poco me importan ya mis deberes filiales. El delirio y la desesperación me arrancarán al cabo el horrible secreto de su crimen. El hijo entregará al padre en manos del verdugo... El peligro es supremo... y supremo ha de ser, cuando mi amor se aventura á dar este paso gigantesco... Oye, Luisa... Una idea, grande, infinita como mi pasión, cruza por mi mente... ¡Tú, Luisa, y yo, y el amor! ¿No compone este círculo todo nuestro cielo? ¿Quieres añadir acaso algún otro elemento?

LUISA.—¡Detente! ¡No más! Palidezco al pensar en lo que vas á añadir.

FERNANDO.—¿Qué otra pretensión hemos de abrigar para granjearnos la aprobación de las gentes? ¿A qué arriesgarse, cuando nada hay que ganar, y todo se ha perdido?... Estos ojos ¿no brillarán siempre tan seductores, ya se reflejen en el Rhin, en el Elba, ó en el mar Báltico? En donde me ame Luisa, será mi patria. Tus huellas en desiertos áridos y salvajes me interesan más que las catedrales de Alemania... ¿Echaremos de menos el lujo de las ciudades? En cualquier lugar que habitemos, el sol saldrá y se ocultará... espectáculo ante el cual palidece la manifestación más sublime del arte. Aunque no adoremos á Dios en templo alguno, la noche nos visitará con sus sombras temerosas, las fases de la luna nos exhortarán á la penitencia, y una cúpula religiosa de estrellas orará con nosotros... ¿Podrán terminar nunca nuestros amorosos coloquios?... Una sonrisa de mi Luisa me ofrecerá materia para siglos, y cesará el sueño de la vida antes que yo averigüe el paradero de esas lágrimas.

LUISA.—Y ¿no tienes acaso más deberes que cumplir que los del amor?

FERNANDO. (Abrazándola.)—Tu tranquilidad es el más sagrado para mí.

LUISA. (Muy formal.)—Entonces cállate y déjame... Yo

tengo un padre, cuyo único bien es su hija... que tendrá pronto sesenta años... seguro de la venganza del Presidente.

FERNANDO. (Interrumpiéndola con prontitud.)—Él nos acompañará. No más reconvencciones, pues, amor mío. Me voy á vender mis alhajas, y á pedir prestado con el nombre de mi padre. Es permitido robar á un ladrón. Sus tesoros ¿no son despojo sangriento de la patria?... A la media noche, á la una, vendrá aquí un carruaje. Entráis en él, y huimos.

LUISA.—Y la maldición de tu padre ¿nos ha de perseguir?... ¿Una maldición, insensato, que, hasta pronunciada por asesinos, se cumple, venganza celeste que alcanza al ladrón en el tormento, que nos seguiría implacable como un espectro, y nos lanzaría de uno á otro mar?... No, amado mío; si un crimen ha de conservarte para mí, me siento con fuerzas para perderte.

FERNANDO. (Que se calla, y murmura receloso.)—¡Es posible!

LUISA.—¡Perderte!... ¡Oh, horrible hasta lo infinito es esa idea... espantosa lo bastante para herir mortalmente al alma inmortal, y llenar de palidez las mejillas ardientes de la misma alegría!... ¡Fernando! ¡Perderte! Pero sólo se pierde lo que se ha poseído, y tu corazón pertenece á tu clase... Mi pretensión era sacrilega, y renuncio á ella temblando.

FERNANDO. (Cuyos rasgos se oscurecen, mordiéndose el labio superior.)—¿Renuncias á ella?

LUISA.—¡No! ¡Mirame, querido Walter! ¡No aprietes tan amargamente tus labios. ¡Ven! Deja que mi ejemplo reanime ahora á tu alma desmayada. Déjame ser ahora la heroína de este instante... que devuelva á su padre un hijo fugitivo... que abandone una unión contraria á las reglas del mundo de la clase media, y que derriba el orden general y eterno... Yo soy la culpable... mi pecho formó votos criminales y temerarios... mi infortunio es su castigo

Así, déjame ahora la dulce y bisonjera ilusión de que soy sola la que se sacrifica... ¿Me envidiarás este deleite? (Fernando, distraído y colérico, agarra un violín, é intenta tocarlo: después rompe las cuerdas, hace pedazos contra el suelo el instrumento, y se ríe á carcajadas.) ¡Walter! ¡Dios del cielo! ¿Qué es esto?... ¡Dominate!... Hay que mostrar ahora firmeza... porque hemos de separarnos. Tú tienes corazón, querido Walter, lo conozco. Tu amor es ardiente como la vida, y sin límites como lo infinito... ofrécelo á una mujer noble y digna... y no envidiará ni á las más felices de su sexo. (Reprimiendo sus lágrimas.) No debes verme más... La vana y engañada doncella llorará su pena entre paredes solitarias, y nadie se cuidará de su llanto... Triste y como muerta será mi vida futura... Sin embargo, alguna vez aspiraré el perfume de lo pasado. (Dándole su mano temblorosa, y volviendo su rostro.) Adiós, señor de Walter.

FERNANDO. (Despertando de su letargo.)—Yo huyo, Luisa. ¿Es cierto que no quieres seguirme?

LUISA. (Que se sienta en el fondo, y oculta su cabeza entre sus manos.)—Mi deber me ordena quedarme, y sufrir.

FERNANDO.—Tú me engañas, serpiente. Algo te encadena aquí.

LUISA. (Con el acento del más intenso dolor.)—Conservad esa sospecha... quizás os haga menos desdichado.

FERNANDO.—¡El frío deber frente al fogoso amor!... ¿Y este cuento ha de cegarme?... ¿Un amante asustarte?... ¡Ay de tí y de mí, si mis sospechas se confirman! Vase precipitadamente.

## ESCENA V.

LUISA. (Sola. Permanece largo tiempo sentada, sin movimiento y como muda; al fin se levanta, da algunos pasos, y mira medrosa á su rededor.)—¿En dónde están mis padres?... Mi padre prometió volver á los pocos minutos, y ya han transcurrido cinco horas mortales... Si le habrá sucedido alguna... ¿Qué siento yo? ¿Por qué respiro con tanto trabajo? (Wurm entra entonces y se queda en el fondo, sin que ella lo note.) Esto no parece verdad... No es otra cosa que creaciones temerosas de un cerebro excitado... Cuando nuestra alma se ha saciado de horrores, los ojos ven en todas partes fantasmas.

## ESCENA VI.

LUISA y el secretario WURM.

WURM. (Acercándose.)—¡Buenas noches, señorita!

LUISA.—¡Dios mío! ¿Quién habla aquí? (Vuelve á verse, ve al Secretario, y retrocede asustada.) ¡Horroroso, horroroso! Mi sentimiento triste va á realizarse cuanto antes. (Al Secretario, con una mirada llena de desprecio.) ¿Buscáis acaso al Presidente? No está aquí ya.

WURM.—¿Os busco, señorita!

LUISA.—Debo extrañarme de que no hayáis ido á la plaza del Mercado con ese objeto.

WURM.—¿Y por qué allí?

LUISA.—A alejar á vuestra prometida del lugar del suplicio.



WURM.—Señorita de Miller, abrigáis una sospecha infundada...

LUISA (Interrumpiéndolo).—¿En qué puedo servirlos?

WURM.—Vengo aquí enviado por vuestro padre.

LUISA. (Asustada).—¿Por mi padre?... ¿En dónde está mi padre?

WURM.—En donde no quisiera estar.

LUISA.—¿Por Dios! ¡Pronto! Se me ocurre una idea siniestra... ¿En dónde está mi padre?

WURM.—En la cárcel, ya que deseáis saberlo.

LUISA. (Mirando al cielo).—¿Esto más? ¿También esto? ¿En la cárcel? ¿Y por qué?

WURM.—Por orden del Duque.

LUISA.—¿Del Duque?

WURM.—Por la ofensa que ha recibido su Majestad en la persona de su representante...

LUISA.—¿Cómo? ¿Cómo? ¡Oh Dios todopoderoso!

WURM.—Ha resuelto castigarla de un modo ejemplar.

LUISA.—¿Esto sólo me faltaba! ¡Sólo esto!... Si, ciertamente mi corazón, además de su amor al Coronel, conservaba otro afecto... ¿cómo respetarlo?... Lesa majestad... ¡Providencia divina!... Salva, protege mi fe vacilante... ¿Y Fernando?

WURM.—O se casa con lady Milford, ó será maldito y desheredado.

LUISA.—¿Tremenda disyuntiva!... Y sin embargo... sin embargo, es feliz. No puede perder á su padre. No tenerlo, á la verdad, es ya en sí un castigo... Mi padre, acusado de lesa majestad... para mi amante lady Milford, ó ser maldito y desheredado... ¡Admirable sin duda! En la maldad cabe también su perfección... ¿Perfección? ¡No! Faltaba algo... ¿en dónde está mi madre?

WURM.—En la galera.

LUISA. (Con dolorosa sonrisa).—¡Ahora sí que está todo

perfecto!... Perfecto y yo libre... absuelta de todo deber... sin lágrimas... ni placeres. Abandonada por la Providencia. Nada necesito ya... (Silencio pavoroso.) ¿Tenéis que anunciarme alguna otra nueva? ¡Hablad sin miedo! Puedo oirlo todo.

WURM.—Ya sabéis cuanto ha sucedido.

LUISA.—¿Pero no lo que ha de suceder? (Otra pausa, mientras mira al Secretario de pies á cabeza.) ¡Pobre hombre! ¡Triste es tu profesión! Imposible que te haga feliz. Bastante infortunio es ya causar la desdicha ajena... Pero horroroso el anunciarla á los desventurados... entonar ante ellos ese cántico siniestro, y quedarse ahí, cuando mana sangre el corazón, herido por el puñal agudo de la necesidad, y se tiembla, y hasta duda el cristiano de su Dios... ¡Que el cielo me ampare! Aunque te pagaran cada lágrima de las que haces derramar con un tonel lleno de oro... no quisiera verme en tu lugar... ¿Qué puede suceder todavía?

WURM.—No lo sé.

LUISA.—¿No queréis saberlo?... Esa nueva horrible teme el sonido de las palabras; pero en el aire sepulcral de tu rostro veo trazado el espectro que me espanta... ¿Qué es lo que resta aún?... Dijisteis ha poco que el Duque quería castigar al culpable de un modo ejemplar. ¿Qué entendéis por ejemplar?

WURM.—No preguntéis.

LUISA.—¡Oye, hombre! Tú eres discípulo del verdugo. ¿Cómo podrías, de otra manera, pasar lentamente el hierro por los miembros temblorosos, y suspender el golpe de gracia contra el corazón palpitante?... ¿Qué suerte aguarda á mi padre? Tus palabras son mortales, ¿qué no ocultará tu silencio? ¡Habla! Deja caer sobre mí toda esa carga abrumadora. ¿Cuál será la suerte de mi padre?

WURM.—Se le formará una causa criminal.

LUISA.—¿Qué significa eso?... Yo soy una criatura inocente ó ignorante, que comprendo poco vuestra horrible jerga latina. ¿Qué quiere decir una causa criminal?

WURM.—Un juicio sobre la vida ó la muerte.

LUISA. (Con firmeza.) — Gracias. (Corre á la habitación próxima.)

WURM. (Muy sorprendido.)—¿Adónde va? ¿Si intentará esta loca algo?... ¡Diablo!... No lo hará... corro detrás... soy responsable de su vida. (En ademán de seguirla.)

LUISA. (Que vuelve abrigada con su manto.)—Dispensadme, señor Secretario. Voy á cerrar la puerta.

WURM.—¿Y á dónde vais tan de prisa?

LUISA.—A ver al Duque. (Disponiéndose á salir.)

WURM.—¿Cómo? ¿Adónde? (Deteniéndola asustado.)

LUISA.—A ver al Duque. ¿No comprendéis? A ver al mismo Duque, el que quiere someter á mi padre á una causa capital... No, no puede querer... porque algunos malvados lo deseen. En todo este proceso de lesa majestad, sólo intervendrá la suya para poner su real firma.

WURM. (Riendo á carcajadas.)—¡A ver al Duque!

LUISA.—Conozco la causa de vuestra risa... porque no encontraré allí ninguna misericordia... ¡Dios me libre! Sólo desprecio... sólo desprecio á mis gritos. Me han dicho que los poderosos de la tierra no saben lo que es la compasión... y no quieren aprenderlo. Yo me propongo enseñarles lo que es... yo se lo trazaré en todas las angustias de la muerte... yo se lo modularé con acentos que penetrarán hasta la médula de los huesos... y cuando, al oír mi descripción, se ericen sus cabellos, gritaré, al concluir, á sus oídos, que también á la hora de la muerte los pulmones de los dioses de la tierra sufren el estertor de la agonía, y que el día del juicio final majestades y mendigos pasarán por la misma criba. (Hace ademán de irse.)

WURM. (Con fingida bondad.)—¡Andad, pues; sí, andad! Es

el partido más prudente. Os aconsejo que vayáis, y os aseguro que el Duque os recibirá bien.

LUISA. (Deteniéndose de repente.)—¿Qué decís?... ¿También me lo aconsejáis? (Volviéndose con prontitud.) ¡Hum! ¿Qué hacer? Algún peligro grave hay en ello, cuando este hombre me lo aconseja... ¿En qué os fundáis para asegurar que el Príncipe ha de recibirme bien?

WURM.—Porque quizás le convenga.

LUISA.—¿Que le convenga? ¿Qué precio señalará á ese acto de humanidad?

WURM.—La belleza de la suplicante es precio suficiente.

LUISA. (Atónita y en alta voz.)—¡Dios de justicia!

WURM.—Y espero que, tratándose de la salvación de un padre, no lo tacharéis de excesivo.

LUISA. (Paseándose desconcertada.)—Sí, sí. ¡Es verdad! Vuestros grandes... vuestros grandes están reñidos con la verdad, parapetados en sus vicios, como si los apartaran de ella espadas de querubines... Que Dios omnipotente te proteja, oh padre. Tu hija puede morir, no pecar por tí.

WURM.—Sobremañera lo extrañaría ese pobre hombre abandonado... «Mi Luisa, me dijo, me ha perdido. Mi Luisa me salvará...» Voy corriendo, señorita, á llevarle vuestra respuesta. (Fingiéndose que se va.)

LUISA. (Corriendo tras él y sujetándolo.)—¡Deteneos! ¡deteneos! ¡Paciencia! ¿Qué pronto se halla este Satanás, siempre que ha de desesperar á alguien!... Yo lo he perdido y debo salvarlo. ¡Hablad; aconsejadme! ¿Qué puedo, qué debo hacer?

WURM.—Sólo un medio me ocurre.

LUISA.—¿Cuál?

WURM.—Vuestro padre ansia también...

LUISA.—¿También mi padre?... ¿Qué medio es ése?

WURM.—Fácil para vos.

LUISA.—Ninguno es para mí tan difícil como el oprobio.

WURM.—Si queréis libertar al Mayor...

LUISA.—¿De su amor? ¿Os burláis de mí?... Lo hecho á la fuerza, ¿cómo ha de depender de mi albedrío?

WURM.—No es eso lo que digo, apreciable señorita. Aludo á que el Mayor, por sí y libremente, se retire.

LUISA.—No lo hará.

WURM.—Al parecer. ¿Cómo es posible que se acudiera á vos, si de vos sola no dependiera el auxilio que se aguarda?

LUISA.—¿Puedo yo obligarlo á que me odie?

WURM.—Probemos. Sentaos.

LUISA. (Confusa.)—¿Cuáles son vuestros proyectos, oh hombre?

WURM.—Sentaos. ¡Escribid! Aquí hay pluma, papel y tinta.

LUISA. (Sentándose muy inquieta.)—¿Qué voy á escribir? ¿A quién?

WURM.—Al verdugo de vuestro padre.

LUISA.—¡Ah! ¡Cuánta es vuestra práctica en atormentar el alma! (Coge una pluma.)

WURM. (Dictando.) «Excelentísimo Señor.» (Luisa escribe con mano trémula.) «Tres días insoportables han trascurrido ya... ya... y no nos hemos visto.»

LUISA. (Atónita, soltando la pluma.)—¿Para quién es esta carta?

WURM.—Para el verdugo de vuestro padre.

LUISA.—¡Dios mío!

WURM.—«El Mayor tiene la culpa... el Mayor... que me guarda todo el día como un Argos.»

LUISA.—¡Inaudita maldad! ¿Para quién es esta carta?

WURM.—Para el verdugo de vuestro padre.

LUISA. (Retorciéndose las manos.)—¡No, no, no! ¡Qué tiranía, oh cielos! Castiga al hombre humanamente, si te ofende; pero ¿por qué ahogarme entre estos dos horrores? ¿Por

qué llevarme de este modo entre la vida y la muerte? ¿Por qué se ha de cebar en mis carnes este demonio, ávido de sangre?... Haced lo que queráis. Yo no escribo eso.

WURM. (Cogiendo el sombrero.)—Como gustéis, señorita; vuestros deseos son órdenes para mí.

LUISA.—¿Mis deseos, decís? ¿Mis deseos?... ¡Prosigue, hombre sin entrañas! Suspende á una mujer desventurada al borde del Averno; exige de ella algo y ofende á Dios, y dí que obedeces sus deseos... ¡Oh! Harto bien sabes que nuestro corazón depende de sus naturales impulsos como si fuesen cadenas. Todo me es ahora indiferente. Dictadme cuanto os plazca. Nada diré ya. Cedo á las argucias del demonio. (Siéntase por segunda vez.)

WURM.—«Todo el día como un Argos.» ¿Lo habéis escrito?

LUISA.—¡Adelante, adelante!

WURM.—«Ayer estuvo en mi casa el Presidente. Era ridículo contemplar al buen Mayor defendiendo mi honra.»

LUISA.—¡Oh, bien, bien! ¡Magnífico! ¡Adelante!

WURM.—«Recurri entonces á un desmayo... á un desmayo para no reirme á careajadas.»

LUISA.—¡Oh cielos!

WURM.—«Pero pronto me fué insoportable la máscara... insoportable... ¡Si tan sólo lograra escaparme!...»

LUISA. (Que se detiene, se levanta y se pasea cabizbaja, como si buscara algo en el suelo; luego se sienta otra vez, y continúa escribiendo.)—Lograra escaparme...

WURM.—«Mañana está de servicio... Aprovechad esta ocasión, en que me deja sola, y venid á donde sabéis...»

LUISA.—¡Todo!

WURM.—«A donde sabéis, á ver á vuestra enamorada... Luisa.»

LUISA.—Falta ahora la dirección.

WURM.—«Al Sr. Mariscal de Kalb.»

LUISA.—¡Divina Providencia! Nombre tan extraño á mis oídos, como estas líneas vergozosas lo son á mi corazón. (Levántase, y fija su vista largo rato en lo escrito, y al fin lo presenta al Secretario con voz apagada y moribunda.) Tomad, caballero... Mi nombre sin tacha... Fernando... toda la felicidad de mi vida la pongo en vuestras manos... Soy una miserable pordiosera.

WURM.—¡Oh no! No tembléis, querida señorita. Os compadezco sinceramente. Quizás... ¿quién sabe? Pudiera bien prescindir de ciertas cosas. ¡En verdad, pardiez, que os compadezco sinceramente!

LUISA. (Mirándolo con fijeza y con atención.)—¡No acabéis, caballero! Os veo en camino de desear algo espantoso.

WURM. (Disponiéndose á besarle la mano.)—Suponed que fuese esta linda mano... ¿Qué decís, querida mía?

LUISA. (Con magnanimidad y con horror.)—Que te ahogaría en la noche de bodas, y después me pondría en la rueda con deleite. (Hace ademán de irse y vuelve en seguida.) ¿Terminamos ya, caballero? ¿Puede tomar su vuelo la paloma?

WURM.—Falta sólo algo insignificante, señorita. Habéis de jurarme que, si llega la ocasión de preguntarle, declararéis que habéis escrito esta carta espontáneamente.

LUISA.—¡Dios mío. Dios mío! ¿Y tú has de poner tu sello divino en esta trama infernal? (Wurm se la lleva.)

## ACTO IV.

### ESCENA PRIMERA.

Sala en casa del Presidente.

FERNANDO DE WALTER, con una carta abierta en la mano, entra precipitadamente por una puerta, y un AYUDA DE CÁMARA por otra.

FERNANDO.—¿No estaba aquí el Mariscal?

EL AYUDA DE CÁMARA.—Señor Mayor, el Excmo. Sr. Presidente pregunta si estáis en casa.

FERNANDO.—¡Mil truenos! Lo que digo es si no estaba aquí el Mariscal.

EL AYUDA DE CÁMARA.—S. E. está arriba jugando al sajeón.

FERNANDO.—¡Que S. E., en nombre de todos los diablos del infierno, venga á buscarme! (Vase el Ayuda de cámara.)